

CIENCIA FICCION

6



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

Contenido

PRESENTACIÓN: *¿Tecnología o humanismo?*, Carlo Frabetti.

Patente de corso (Marque and Reprisal), Poul Anderson, 1965.

Viajero al infierno (After Enfer), Philip Latham, 1969.

La explosión (Explosion), Robert Rohrer, 1965.

Contra la autoridad (Against Authority), Miriam Allen de-Ford, 1965.

Este momento de la tormenta (This Moment of the Storm), Roger Zelazny, 1966.

¿TECNOLOGÍA O HUMANISMO?

Con frecuencia se ha acusado a la SF^[1] de dar una prioridad absoluta a los aspectos tecnológicos y científicos, descuidando los humanísticos. Los personajes de los relatos de SF, se ha dicho, carecen de definición, de profundidad humana; son meros estereotipos, despersonalizados engranajes de la trama narrativa.

Esta acusación es ciertamente válida en lo que se refiere a un sector de la SF, sobre todo, en su etapa inicial; pero no es, en absoluto, aplicable al género globalmente considerado (como podrán comprobar los lectores de esta antología).

Por el contrario, un relato como *Este momento de la tormenta*, en el que se expresa la soledad de un hombre que huye de su pasado a través del espacio y del tiempo, entra de lleno en la narrativa psicológica, y traza un convincente retrato humano. Y *La explosión* aborda uno de los problemas sociológicos más candentes de la actualidad: los enfrentamientos raciales, mientras que *Contra la autoridad* se centra en el no menos actual tema de la subversión contra la tiranía. *Patente de corso*, de ese «clásico» de la SF que es Poul Anderson, es un pequeño estudio, no exento de ironía, de los intereses creados que condicionan ese juego sucio entre capitostes que es la política internacional.

Pero en la SF hay diversas tendencias, y es cierto, como he señalado antes, que existe una gran producción básicamente centrada en los aspectos tecnológicos y científicos del relato. Algunos comentaristas interpretan esto como

una señal de inmadurez, y opinan que la SF ha de evolucionar más hacia lo humanístico, mientras que otros ven principalmente en el género una forma de anticipación y divulgación científica.

Esta disparidad de opiniones refleja la tradicional dicotomía entre «ciencias» y «letras». Pensar que la evolución del género se halla ante una disyuntiva entre lo tecnológico y lo humanístico es partir de un planteamiento equivocado, pues una de las características más interesantes de la SF como fenómeno cultural es precisamente que, por su propia naturaleza, a la vez especulativa y fantástica, a la vez literaria y científica, tiende a superar la citada dicotomía, y en este sentido se orienta su evolución hacia un humanismo que tenga en cuenta, en toda su complejidad y trascendencia, los factores tecnológicos que modelan nuestro entorno; hacia una especulación científica que no ignore al hombre, en toda su profundidad, como protagonista y beneficiario obligado de los avances tecnológicos; hacia una crítica, por ende, de las estructuras opresivas que convierten al individuo en esclavo de un progreso que debería estar a su servicio.

CARLO FRABETTI

PATENTE DE CORSO

La space-opera, o novela de aventuras del espacio, en la que los elementos futuristas eran utilizados como meros recursos decorativos de una trama tópica y convencional, proliferó en los comienzos de la SF, como una especie de sarampión que afectó al género en su ya superada infancia. Las conocidas series sobre Marte y Venus escritas por Edgar Rice Burroughs (el autor de Tarzán) son una clara muestra de ello.

Pero pronto surgieron autores que, sin renunciar al aspecto aventurero, aprovecharon realmente las posibilidades especulativas e innovadoras de la SF. Poul Anderson —junto con Heinlein, Van Vogt y alguno más— es uno de los grandes autores de la aventura espacial, y, lo que es más importante, uno de los pocos que han superado los tópicos de la narrativa de «intriga y acción» tradicional y han logrado la difícil —y explosiva— mezcla de la aventura con la especulación (quien haya leído Los corredores del tiempo, revista Anticipación, números 5 y 6, sabrá a qué me refiero).

La novela corta Marque and reprisal, en la línea de la mejor producción de Anderson, es un absorbente relato de aventuras; pero, sin duda, el lector atento encontrará en ella algo más que eso.

I

*Le roi fait battre tambour,
le roi a fait battre tambour...[2]*

Gunnar Heim iba caminando con largos pasos. De pronto, se detuvo y miró a su alrededor, tratando de localizar de dónde procedía la voz que se oía en las tinieblas:

*Pour voir toutes ces dames.
Et la première qu'il a vue...[3]*

La voz parecía estar bastante alejada, casi perdida en medio del fragor de la maquinaria, detrás de los muelles. Sólo un hombre podía estar mofándose con aquella antigua y siniestra balada, en una noche como aquélla en San Francisco:

*Lui a ravi son âme.
Rataplan! Rataplan!
Rataplan-plan-plan-plan![4]*

Heim volvió a caminar más de prisa, dirigiéndose hacia el lugar de donde partía la voz. Aún podía moverse rápida y suavemente cuando lo necesitaba. A los pocos segundos, sus oídos captaron el sonido de la voz y el rasgueo de una guitarra, tocada con verdadera furia:

*Rataplan! Rataplan!
Rataplan-plan-plan-plan!*

Los tinglados de los almacenes y depósitos de mercancías se divisaban a su derecha, como unas bestias enormes agazapadas en la sombra. El alba estaba a punto de despuntar; la ciudad entera se hallaba sumida en la niebla y sólo se distinguía un leve fulgor rojizo por encima de los tejados y, a lo lejos, el resplandor de las torres del palacio sito en la colina de Nob Hill. A su izquierda, un submarino de carga, atracado al muelle, semejaba un luciente dragón cuyas escamas refulgieran bajo la luna; pero los cargadores — hombres o robots— no trabajaban junto a él. La bahía parecía un cristal de ébano bajo el leve resplandor de las proximidades del día. Unos cuantos kilómetros más allá, las colinas costeras formaban una masa salpicada de luceros artificiales. Las verdaderas estrellas palpitaban débilmente, al igual que el satélite de defensa, que surcaba raudo la bóveda celeste como si todos los soles se hubiesen desprendido de una galaxia carente ya de energía. La Luna se encontraba en cuarto creciente, cerca del cenit. No podía divisarse el resplandor de la ciudad de Apolo, sumida aún en la oscuridad, en su parte occidental, en el aire húmedo de otoño.

—Marquis, dis-moi, la connais-tu?

Marquis, dis-moi, la connais-tu?

Quelle est cette jolie dame?

Et le marquis a répondu:

—Sire Roí, c'est ma femme.

Rataplan! Rataplan!

Rataplan-plan-plan-plan!

Rataplan! Rataplan!

Rataplan-plan-plan-plan!^[5]

Heim dio un vistazo por el muelle y vio al trovador. Sentado sobre un bolardo, con la mirada fija en el agua. Era un hombre mucho más pequeño y andrajoso de lo que Heim

esperaba. Sus dedos rasgueaban las cuerdas del instrumento como si atacara a un enemigo y la Luna hacía resplandecer las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Heim se detuvo a la sombra del muro de un almacén, procurando no estorbar ni interrumpir al que tocaba. En la sala de espera de los Hombres del Espacio le habían dicho que el tipo estaba loco y era un salvaje. El *barman* le explicó:

—Cuando se gastó el último céntimo, quiso cantar sólo por la bebida que le ofrecieran. Le dije que aquí no se admitían esas cosas. Entonces me contestó que había estado cantando de ese mismo modo a través de una docena de planetas, y preguntó: «¿Qué pasa en la Tierra, que nadie quiere escucharme?»

»Le dije que, dentro de un minuto, iba a comenzar en el programa de la 3V un espectáculo de *strip-tease* y que por eso los clientes del bar no prestarían la menor atención a un extranjero. Entonces cogió la puerta y se fue cantando a las estrellas y profiriendo palabrotas. Ya le había dicho antes que se marchara si no quería que lo echara de mala manera. Y se marchó; de eso hará como una hora. ¿Es amigo suyo?

—Tal vez —dijo Heim.

—Entonces, vale más que salga en su busca, no sea que le pase algo. Del modo que andaba gritando, es posible que alguien le zurre para que se calle.

Heim asintió al consejo del *barman* y se tragó su cerveza. Se hizo noche cerrada, y como sucede en todas las capitales el servicio de Asistencia Social no funcionaba a la perfección y era expuesto andar solo por las calles inmediatas al puerto. Incluso la propia policía de los países occidentales se preocupaba muy poco de vigilar a los que no estaban muy bien de la cabeza. Se conformaba con dejarles deambular por sus propios barrios, alejados de las casas de quienes consideraba que eran personas de provecho para el mundo. En sus paseos por los *ghettos* de la gente irrele-

vante, Heim solía llevar siempre una pistola. En alguna ocasión había tenido que usarla.

De todas maneras, era bastante conocido por las personas del distrito. Les había dicho que era un hombre espacial retirado —pues no era aconsejable manifestarles algo más cercano a la verdad— y desde hacía tiempo lo tenían como a un estupendo compañero de juegos y de franquichelas, menos excéntrico que la mayoría de los transeúntes que solían ir de un lado para otro, saliendo y entrando en sus diferentes zonas. Saludó a algunos conocidos, los unos alegres y los otros totalmente vencidos por la desesperación; y salió del bar dirigiéndose hacia el puerto con la idea de que allí encontraría al que buscaba.

Efectivamente, el cantante se había dirigido al embarcadero. Heim fue alargando sus zancadas a medida que avanzaba en aquella dirección. Al principio le pareció que no tenía sentido él tratar de encontrar a aquel hombre. Era más bien una mera excusa para justificarse su vagar por la zona portuaria. Sin embargo, a su mente acudía toda una serie de ideas descabelladas.

Y ahora que había terminado felizmente su búsqueda, la canción le impresionaba y notó que su pulso latía con más fuerza. Aquel desconocido parecía enterado realmente de la verdad acerca de cuanto había ocurrido en las lejanas constelaciones.

*La reine a fait faire un bouquet
de belles fleurs de lys.
Et la senteur de ce bouquet
a fait mourir la marquise^[6].*

Como en la vieja leyenda, la tiranía, la traición y la muerte llegaron a su fin; y Heim adoptó una decisión.

Rataplán! Rataplán!

Rataplan-plan-plan-plan!
Rataplán! Rataplán!
Rataplan-plan-plan-plan!

Siguió un silencio, quebrado solamente por el embate del agua contra el muelle y el incesante latido del pulso de la ciudad, parecido a una máquina gigantesca. Dio unos pasos hacia el hombre.

—Buenas noches —dijo.

El trovador se levantó de su asiento, respiró profundamente y se volvió hacia él. Heim alargó sus manos al tiempo que sonreía.

—Soy inofensivo —dijo—. Sólo estaba admirando su actuación. ¿Le molesta que me acerque?

El otro se restregó los ojos con furia y le lanzó una mirada inquisidora. Gunnar Heim era uno de esos individuos que a nadie le hubiera gustado encontrar por una zona como aquella, a solas. Medía casi dos metros de estatura, y su aspecto era el de un luchador. Sus rasgos eran bruscos, rudos; una de sus cejas estaba marcada por una vieja cicatriz por debajo de su cabellera de color castaño rojizo, que a sus cuarenta y seis años empezaba a teñirse de gris. Empero, iba pulcramente vestido con una túnica que le llegaba hasta el cuello y sus pantalones metidos en las cañas de sus medias botas, como era lo corriente. Llevaba la capucha del abrigo echada para atrás y no se veía su pistola.

—Bueno —puntualizó el trovador bruscamente—, éste es un lugar público.

Su inglés era bastante correcto, pero con un acento mucho más cargado que su francés al cantar. Heim se sacó del bolsillo un frasco plano de whisky.

—¿Quiere usted beber conmigo, señor?

El trovador cogió la botella. Después del primer trago, lo estuvo paladeando un instante.

—¡Ah! Perdone mis malos modales. Necesitaba ese trago. —Levantó nuevamente el frasco—: *Isten eltesse* —brindó y, echándose otro trago, devolvió la botella.

—*Skaal* —dijo Heim bebiendo a su vez y acercándose más al trovador. Entre lo que ya había empinado y este nuevo trago, empezó a sentir cierta excitación. Hizo un esfuerzo para mantenerse sereno.

El trovador bajó de su asiento para sentarse a su lado.

—Entonces, ¿no es usted americano? —preguntó con tono vacilante.

Por lo visto, se esforzaba en mantener una conversación sin emoción alguna, mientras se secaba las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—He tomado la nacionalidad americana —contestó Heim—. Mis padres eran noruegos, pero yo nací en Gea, de Tau Ceti II.

—¿Qué? —La esperada vehemencia surgió en el acto en el trovador. Se levantó instantáneamente—. ¿Es usted un hombre del espacio?

—Estuve en la Armada hasta hace unos quince años. Mi nombre es Gunnar Heim.

—Yo..., me llamo Endre Vadasz.

Sus finos dedos se perdieron en el apretón de manos de Heim.

—Soy húngaro, pero he pasado los últimos diez años fuera de la Tierra.

—Sí, lo sé —dijo Heim con discreción—. Últimamente, le vi en un noticiario.

Los labios de Vadasz se retorcieron; escupió en el suelo.

—No tuvo ocasión de decir grandes cosas durante la entrevista —manifestó Heim con simpatía.

—Desde luego; se las apañaron para hacerme callar.

—Así que es usted músico, señor Vadasz. Se ha abierto camino como ha podido, de estrella en estrella, llevando las canciones de la Madre Tierra a los colonos y a los no humanos... Interesante, ¿verdad?

La guitarra dejó escapar un sonido, acariciada por sus dedos.

—Usted quería hablar de Nueva Europa y ellos estuvieron desviándole constantemente del tema. No me explico por qué —objetó Heim.

—Tenían orden de hacerlo así. Todo eso por culpa de las autoridades americanas, influenciadas por la valiente Federación Mundial. Ya era demasiado tarde para cancelar mi anunciada presentación en el programa, pero debían hacerme callar.

Vadasz echó la cabeza hacia atrás y se rió, como un coyote aullando a la Luna.

—¿Soy acaso un paranoico? ¿Tengo manía persecutoria? Sí; pero, ¿qué puedo hacer, si realmente me persiguen? ¿Acaso hay, entonces, alguna diferencia entre mi cordura y mi locura?

Heim se frotó la barbilla, procurando no dar rienda suelta a sus sentimientos. No era impetuoso y, además, ¿cómo podía estar seguro?

—Quinn lo admitió luego —prosiguió Vadasz—, cuando se lo eché en cara. Dijo que le habían anunciado que la emisora perdería su licencia, en caso de permitir declaraciones susceptibles de perjudicar a la Federación en estos tiempos aciagos. Desde luego, a mí no me sorprendió; había conversado con varias personas, tanto civiles como militares, a mi llegada a la Tierra. La expresión más amable que me dirigieron fue que podía estar en un error. Sin embargo, vieron mis pruebas. Lo sabían.

—¿Probó usted entre los franceses? A lo mejor habrían hecho algo. Por lo menos, así lo creo.

—Sí. En París. Y solamente conseguí relacionarme con el ayudante de un subsecretario. Se asustó al escuchar mi relato y se negó a presentarme a alguien de más categoría que pudiera creerme. Seguí hasta Budapest, donde tengo parientes. Mi padre concertó una entrevista con el propio ministro de Relaciones Exteriores. Al menos, fue sincero

conmigo. Hungría tenía poca influencia en Nueva Europa y en ningún caso podía enfrentarse con toda la Federación. Abandoné su despacho y paseé durante algunas horas. Finalmente, me senté al pie del monumento a la Libertad. Observé el rostro de Imre Nagy, pero no era más que un frío bronce. Estuve estudiando las expresiones de los mártires que yacían a sus pies y entonces comprendí por qué nadie me haría Caso. Así es que fui a emborracharme...

Vadasz alargó la mano hacia la botella.

—Desde entonces, ando bebido casi siempre.

«¡Ahora le preguntaré!», pensó Heim. Su voz ya no estaba serena, pero Vadasz no lo advirtió.

—Su relato, según lo que he podido deducir personalmente de lo que han dejado filtrar los censores, tanto oficiales como oficiosos, viene a significar que la gente no ha muerto en la Nueva Europa, ¿no es así?

—Efectivamente, señor. Huyeron todos a las montañas.

—La *Haute Garance* —Heim asintió con la cabeza—. Buen terreno para las guerrillas. Muchas zonas por cubrir, la mayoría sin cartografiar, y con posibilidades de vivir sobre el mismo terreno.

—¿Ha estado usted allá? —preguntó Vadasz, soltando la botella y mirándole fijamente.

—Bastante a menudo, cuando estaba en la Armada. Era uno de los lugares favoritos para efectuar las reparaciones e ir de permiso planetario. Luego pasé cuatro meses en un hospital de Nueva Europa para restablecerme. —Heim se tocó la cicatriz que llevaba encima de la ceja.

Vadasz aguzó los ojos a través de la tenue luz de la luna.

—¿Se lo hizo en Alerion? —preguntó.

—No. Fue hace más de veinte años. Precisamente, cuando estábamos sofocando el conflicto germano-hindú, en Lilith, lo cual posiblemente no recordará porque, a la sazón, debía usted ser aún demasiado joven. Las escaramuzas con Alerion no comenzaron hasta más tarde.